



La parcelación del cielo

Blaise Cendrars

Traducción de Juan Victorio

Prólogo de María Casas





La parcelación del cielo

Blaise Cendrars

Traducción de Juan Victorio

Prólogo de María Casas



REY LEAR [46]

LA PARCELACIÓN DEL CIELO



Título original: *LE LOTISSEMENT DU CIEL*
(Basada en la publicada en París en 2005 por Éditions
Denoël)

Edita: REY LEAR, S.L.

www.reylear.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© REY LEAR, S.L.
Alberto Alcocer, 46 - 3º B
28016 Madrid

Ilustración de cubierta: © Miguel Navia, 2012

ISBN: 978-84-92403-98-1

Diseño y edición técnica: Jesús Egido

Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Producción: Rey Lear

Los eBooks no son transferibles. No pueden ser vendidos, compartidos o regalados ya que esto constituye una violación a los derechos de esta obra. El escaneo, carga y distribución de este libro vía Internet o vía cualquier otro medio sin el permiso del editor es ilegal y castigado conforme a la ley. Por favor compre solamente ediciones electrónicas autorizadas y no participe o fomente la piratería electrónica de materiales protegidos con derechos de autor.

LIBRO SIN LIBRO, 2012

www.librosinlibro.es

LA PARCELACIÓN DEL CIELO

Blaise Cendrars

Traducción de Juan Victorio

Prólogo de María Casas



PRÓLOGO

CIELO ES UN LUGAR DONDE NUNCA, NUNCA PASA NADA

«Los Santos, los Niños, las Flores y las Aves, los locos, esos bienes gratuitos que nos vienen de no se sabe dónde, esporádicos e inocentes. Sin ellos, la vida sería imposible».

BLAISE CENDRARS, *La parcelación del cielo*

EL PRIMER LIBRO DE CENDRARS que cayó en mis manos fue una edición francesa de bolsillo de *La parcelación del cielo*. Era el año 2003, fue una recomendación con préstamo que devoré, más por amor al prescriptor que por interés en un autor hasta entonces desconocido. Durante estos años he leído más libros de Cendrars, pero ninguno ha causado en mí tanto impacto como éste. «Será por el enamoramiento», me dije, «lo leí en un raptó amoroso», me repetí, «mi juicio sobre este libro nunca será objetivo», añadí aún a sabiendas que todo juicio es subjetivo y los míos, más aún. «No aguantará una segunda lectura», concluí, con cierta tristeza.

Me equivoqué en casi todo. Este libro sigue siendo un libro extraordinario, aparentemente desordenado, abocetado e irregular, con un aliento poético poco común que se desgrana en enumeraciones, letanías, descripciones aterradoras, humor y amor a raudales, que yo no he encontrado en ninguno de sus otros libros, menos aún en su poesía. Un libro escrito a impulsos feroces, como en un raptó de amor.

Un libro loco, un libro niño, un libro flor, un libro pájaro. Un libro santo y levitador que vuela entre aviadores, hijos muertos en el aire, aves y pequeños pájaros libadores, constelaciones antiguas y constelaciones nuevas. Entre los incesantes bombardeos. Y, como san José de Cupertino, uno de los personajes que en él aparecen, unas veces vuela hacia adelante y otras, hacia atrás.

Los libros de Cendrars, y más aún los llamados autobiográficos —*El hombre fulminado*, *La mano cortada*, *Trotamundear* y *La parcelación del cielo*—, están siempre entreverados con su vida y sus viajes. No está de más, pues, que nos acerquemos, en grandes trazos, a lo que fue la existencia imprecisa de este hombre fabuloso e «inflamado», poseído por la vida, calificado de aventurero y, como tal, siempre en busca de un país inexistente para la cartografía pero inabarcable en su corazón: el país de las letras, la escritura.

Hijo de un hombre de negocios y de una mujer con ciertas veleidades artísticas, Frédéric-Louis Sauser nace el 1 de septiembre de 1887 en La Chaux-de-Fonds, en el cantón suizo de Neuchâtel. Su infancia, tal y como se lee en sus libros, transcurre de un lugar a otro: Egipto, Nápoles, Basilea, Alemania, hasta que en 1901 su padre lo matricula en la Escuela de Comercio de Neuchâtel para que siga sus pasos. Imposible. Dice la leyenda que, en 1904, se escapó por la ventana de la casa familiar para viajar a Moscú y San Petersburgo como aprendiz de un joyero. Y allí permanece hasta 1907, en plena efervescencia revolucionaria, enamorado de las piedras preciosas, de la poesía, de los libros que leía en la biblioteca Imperial, de su libertad y de una joven rusa, Hélène Kleinmann, que no tardaría en convertirse en fantasma pues, según el escritor Cendrars, se la mataron por revolucionaria. A ciencia cierta, poco se sabe de esa muerte, aunque la realidad parece estar más cerca del suicidio —un tema recurrente en la obra de Cendrars— que del asesinato político.

Otra muerte, la de su madre, hace que desaparezca del mundo hasta 1909, en que intenta estudiar de nuevo: literatura, medicina, música... Devora sin criterio aparente todo libro que llega a sus manos de estas disciplinas y de otras, como la patología latina. En 1910 actúa de figurante en la Monnaie de Bruselas, pero también está en Londres y en París, regresa a San Petersburgo con la familia de su amada, y viaja a Nueva York. Allí, en abril de 1912, firma su primer poema con el seudónimo Blaise Cendrart que luego se convertiría en Cendrars, un nombre adecuado para alguien que se consume al crear —Blaise, de *braise*, brasa, y Cendrars, de *cendre*, ceniza— una y otra vez, y, como el ave fénix, resurge de sus cenizas cada vez que se reaviva la llama. Ese mismo año se instala en París, donde fundará una editorial y empezará a frecuentar a Apollinaire, Chagall, Léger, Modigliani, Archipenko, Cravan y a los Delaunay. Muchos de ellos, fascinados por sus ojillos pequeños y vivarachos y su nariz contundente no dudarán en retratarlo.

Hasta aquí, el arte: simbolismo, escuela de París, disputas en los cafés, alcohol, el extraordinario poema-cuadro *La prosa del transiberiano y de la pequeña Jehanne de Francia*, una composición que firma junto a Sonia Delaunay, la admiración hacia Rémy de Gourmont, siempre su maestro, cuyos libros se aprende casi de memoria.

A partir de aquí, una boda con Féla Poznanska, la polaca con la que mantenía una relación desde 1909 y que le dio tres hijos —Odilon, Rémy y Miriam—, y, sobre todo, la guerra: en 1914 se alista en el ejército francés y participa en la ofensiva de Somme y Champaña donde en 1915, debido a una herida fatal, han de amputarle el brazo derecho, aquel con el que escribía.

La divisa nervaliana, «Je suis l'autre», que Cendrars había adoptado en 1912 con la veleidad del hombre inquieto, ávido de experiencias artísticas, se convierte en necesidad: el escritor diestro se convierte, con esfuerzo, en escritor zurdo. Dolorido y renegado, ha sepultado su mano perdida

bajo las cenizas de los cadáveres calcinados de sus compañeros de batalla. A partir de entonces, Frédéric-Louis dejará de existir y el otro, Blaise, continuará viviendo, viajando siempre hacia la luz, escapando de la oscuridad, del gran saco de carbón en que la guerra ha convertido el mundo. Es ahora cuando, del hombre mutilado nace el escritor extraordinario y «desplegado», según su amigo y admirador Henry Miller, que le consideraba «el más gregario de los hombres y sin embargo un solitario (.) hombre de profunda intuición e invencible lógica. La lógica de la vida. La vida primero y ante todo». Aquel que —y sigo citando a Miller, capítulo III dedicado a Blaise Cendrars de *Los libros de mi vida*— «rindiendo culto a la vida y a la verdad de la vida, se acerca más que cualquier autor de nuestros tiempos a revelar la fuente común de las palabras y los hechos. Restaura a la vida contemporánea los elementos de lo heroico, lo imaginativo y lo fabuloso».

El año 1916, el de su nacionalización como ciudadano francés, es calificado por él mismo de terrible. Estancias en Biarritz, Cannes, Niza, y en la primavera de 1917 regreso a París. Acostumbrado ya a su mano izquierda, comienza un periodo de escritura sin fin en la que retoma el aliento interrumpido por la guerra, pero interesado ya en otras aventuras: el cine —Cocteau, Gance—, el teatro y la edición. En La Siréne se encarga de reeditar los *Cantos de Maldoror* y publica su *Antología negra*, una colección de relatos africanos de tradición oral. Poco, como de costumbre, va a durar el sedentarismo: en 1924 embarca hacia Brasil, que será, desde entonces, su tierra prometida, el país de la utopía, donde el escritor se mezcla con «los hombres que realmente ama, los hombres que lucharon a su lado en las trincheras y a los que vio barrer como ratas, los gitanos de la Zona con los cuales convivió en los buenos días de antes, los estancieros y otras figuras del escenario sudamericano, los porteros, los conserjes, los mercaderes, los camioneros y "gente sin importancia"» (Henry Miller *dixitt*). No sólo es la

gente lo que fascina a Cendrars, también la naturaleza salvaje, ubérrima, palpitante y libre, llena, llenita de aves y estrellas nuevas en un cielo que parece ser el reverso del de Europa, infestado de bombas, aviones y santos. Regresa a París en unos meses y se pone manos a la obra: en 1925, Grasset publica *El oro*, una novela que había comenzado años antes y que le dará cierta fama entre el gran público. En 1926 vuelve a Brasil y a su regreso publica, entre otros libros, *Moravagine*. En 1927 hace su último viaje a la tierra de los pájaros mil-colores.

Hasta que la guerra regresó a buscarlo, siguieron las publicaciones incesantes, casi un premio Goncourt y una nueva vía para su escritura, el reportaje literario, al que se dedicó con creciente interés hasta el fin de sus días. El primero de todos, *Rhum. L'aventure de Jean Galmot*, fue publicado por *Vu*, pero a este siguieron trabajos similares para *Excelsior*, *Paris-Soir*, y un viaje a Hollywood, con reportaje incluido, para supervisar la adaptación al cine de *El oro*.

Blaise Cendrars, macuto, cámara y cuaderno de notas en mano, recorrió los grandes escenarios de los primeros años de la Segunda Guerra Mundial como corresponsal de guerra para el ejército inglés. La rendición de Francia en 1940 le desespera y le asusta de tal manera que se exilia en Aix-en-Provence, esperando que nadie le conozca, destruyendo sus papeles y ocultándose de los alemanes. Reaparece en 1943 pero, en ese tiempo, no ha dejado de escribir: se publican sus poesías completas en 1944; en 1945 aparece el primer volumen de sus llamadas autobiografías, *El hombre fulminado*, mientras su hijo Rémy muere en Marruecos en un accidente aéreo; en 1946 el segundo volumen de memorias, *La mano cortada*; en 1948, el tercero, *Trotamundear* y, al fin, en julio de 1949, *La parcelación del cielo*.

Sesenta y dos años ya, dos guerras, una mano olvidada por el camino, los compañeros de lucha y los compañeros

de arte muertos todos en sus respectivos campos de batalla, mas ahí sigue el viejo ave fénix, ligado infatigablemente a la palabra, escribiendo para acompañar a grandes fotógrafos como Manzen y Doisneau, entrevistado, analizado, hemipléjico desde 1956. Entre 1960 y 1965, sus editores en Francia, Denoel, publicaron su obra completa en ocho volúmenes. Alguno llegó a ver pues murió en París el 21 de enero de 1961. Según Enrique Molina, en el prólogo a su traducción de *Prosa del transiberiano y de la pequeña Jehanne de Francia junto a Panamá o las aventuras de mis siete tíos*, escrito el mismo año de la muerte de Cendrars, el niño que se había escapado por la ventana de su casa en Neuchâtel para no volver jamás, salió hacia el cementerio de Batignolles también por la ventana. Las ventanas (encontrarán muchas en este libro, pero esa es otra historia interminable). El vuelo. El viaje. Otra vida. La otra vida.

Claude Leroy, que ha dedicado muchas páginas a Cendrars, encuentra en sus primeros años una tendencia al simbolismo, que se traduce, principalmente, en un gusto por las palabras raras y los epítetos, y una suerte de «erotismo místico y perverso» (no hay que olvidar que uno de sus hijos se llamaba Odilon). Es marcada la influencia inicial y sempiterna de Rémy de Gourmont, que no tiene tanto que ver con el estilo sino con la percepción de la vida y de la vida a través de la escritura: «Estar por encima de todo. Despreciarlo todo y amarlo todo. Saber que no hay nada y que sin embargo esa nada lo contiene todo» (Rémy de Gourmont, *Pasos en la arena*). Y no hay duda de la fascinación que ejercieron en él la mística y la alquimia, la traducción de la Gran Obra algo que, como señala David Martens en su artículo «D'un Gourmont l'autre. Le premier des masques de Blaise Cendrars», *Fabula lht*, 1 de marzo de 2008, es patente en el fragmento de *La parcelación del cielo* donde el aprendiz de joyero dibuja las constelaciones con un mosaico de piedras preciosas: «Este fragmento, que

cristaliza la conjunción sugerida entre el acto de escribir y las operaciones del Gran Arte, roza el corazón de uno de los puntos fundamentales de la poética cendrarsiana, que consiste, según una fantasía alquímica, en dar la vida por medio de la escritura». En el libro de Henry Miller ya citado encontramos lo siguiente: «Quizá con otra mirada que comprenderemos mejor más adelante y de todos modos con igual amplitud, violencia, humor, ternura y religioso —sí, religioso— fervor, Cendrars nos da el equivalente francés de lo vertido por Dovstoevski en obras como *El idiota*, *Los poseídos* y *Los hermanos Karamazov*. Un poco de todo hay, desde mi profano punto de vista. Yo diría que leer a Cendrars es como leer a Michaux, pero sin corsé. De hecho, el escritor de origen belga, mucho más reconocido y valorado en el canon de la literatura universal, es sólo una generación más joven que Cendrars, de extracción social similar, con el mismo anhelo por la poesía, el viaje y el arte, también nacionalizado francés luego con la misma pasión por Francia y París, pero sin la necesidad de vivir la vida al límite y la compasión por la humanidad que llevó a Cendrars a combatir en las dos guerras.

Para terminar, dos trazos solamente, no se asuste el lector.

PRIMER TRAZO: el título. *La parcelación del cielo*. Esa división del cielo aparece entre líneas desde la primera parte del libro con esas pequeñas aves multicolor que no remontan el vuelo lejos de casa, que cantan como si lloraran y rieran al mismo tiempo, que se elevan en su parcela de cielo pero mueren antes de llegar a otra. Y son, para el escritor y para la niña moribunda a quien quiere enseñar esos pájaros, la esperanza, «esa cosa con plumas que se posa en el alma». Son un pedazo, un lote, un trocito del cielo brasileño, del Brasil inspirador y salvaje. El cielo también es territorio parcelado de los aviadores sin patrón y de los santos levitadores, el mayor de todos ellos, aunque no el más inteligente, san José de Cupertino, un alma simple

que diciendo a todo amén conseguía remontarse, cual pájaro, a las copas de los altares y los árboles. Ellos dominan la segunda parte del libro mientras que en la tercera son las constelaciones quienes reclaman su parcela. De nuevo, o antes, en un vuelo hacia atrás, el poeta está en Brasil para visitar a un misántropo enamorado, no de la luna o de la Osa Mayor, sino de una constelación nueva, propia, a la que ha llamado «La torre Eiffel sideral». Esta constelación retrotrae al autor hasta su adolescencia en San Petersburgo, a ese cielo parcelado por constelaciones a su vez parceladas por piedras preciosas. Aves, santos, constelaciones no son más que una excusa para escapar de la negrura, de la oscuridad, de la nada, último o primer protagonista, según se mire, de esta historia, que también reclama un pedacito de cielo. Esa nada no es sólo silencio o soledad, es el silencio y la soledad que se advierten tras una masacre, en mitad o al final de la batalla. Cielo es un lugar donde sucede todo: la vida, la muerte y el amor. Y esto me lleva al segundo trazo (y razón de que yo, iletrada, este escribiendo este prólogo).

SEGUNDO TRAZO: el rapto de amor. La persona que me dio este libro en aquel lejano ya 2003 era alguien que me hacía levitar, volvía yo a volar, a bajar escalones de cinco en cinco, largos tramos sin poner los pies en el suelo, como cuando era niña. Esa sensación estaba descrita en *La parcelación del cielo*: en los vuelos históricos de los santos levitadores, esa misma enajenación amorosa, esa «pequeña muerte»: «esa cadena, ese collar que Tú me has puesto alrededor del cuello para liberarme y del que estás suspendido como un carbunclo que me fulmina y me imanta; tus brazos, tus piernas, tus dedos, tus insoportables caricias, tu soplo que me acaricia la punta de la lengua, tu respiración que la hace moverse y vibrar en tu presencia. Y esto no es una confesión, pues tú lo sabes todo ya, oh inefable, y yo no sé ya lo que digo, pues tu boca me sella los labios cual carbón ardiente, y no puedo hablar, y

exploto, una eyaculación, la Vida Nueva: ¡Aleluya!». Encontrar en Cendrars lo que estaba en los místicos, pero como cubierto de barro, de pena, de vuelos nocturnos y de tristeza, me sobrecogió, tonta de mí. En esta segunda lectura, me sigue sobrecogiendo aunque ahora, por circunstancias de nuevo amorosas —¿qué es el amor sino vuelo?—, pienso continuamente en pájaros, en vencejos a los que les cuesta posarse y hacer un nido. También están en Cendrars.

Aquí les abandono. Es la hora de Cendrars. Una recomendación: lean despacio y lean sin esperar nada. Lean con el estómago, lean como si hubieran perdido la mano derecha y les pasará lo que a mí y a Henry Miller: «Leyendo a Cendrars hubo momentos que dejaba el libro para frotarme las manos de entusiasmo o desaliento, de angustia o desesperación». Frótense las manos pero como Miller o como yo, sigan leyendo.

MARÍA CASAS

INJUSTICIA

Ante su ventana del Palais Royal, Colette, contemplando cómo palomas y gorriones jugueteaban al sol, dijo:

—En mi opinión, la mayor injusticia de la creación es el hecho de que sólo algunos tengan alas.

Al acecho, junio de 1948

EL JUICIO FINAL

Solamente las aves, los niños y los santos son interesantes.

DECLARACIÓN DE O.W. DE
MILOSZ A **A**RMAND **G**ODOY



A la Loca de San Sulpicio

1

MIENTRAS SE LEVABA EL ANCLA.

—Godverdam, como suba a ese sucio animal, me veré obligado a...

Ese *sucio animal*, tal como lo calificaba el contramaestre a gritos con su megáfono, era un perfecto insectívoro, un oso hormiguero *bandeira* de más de dos metros de altura con el que ya había estado varias veces a punto de caer al agua al abrazarnos amistosamente, yo en inestable equilibrio sobre el último peldaño de la escala del vapor al que los remolcadores del puerto hacían ya pivotar para hacerse a la mar y el gran animal, con su absurda cola en forma de bandera y su larga nariz más absurda todavía en forma de caperuza invertida, de pie, en la parte de atrás de la piragua de su amo, un viejo negro tuerto que se las tenía para mantener el esquife en medio de las aguas cenagosas que las hélices del vapor comenzaban a remover esbozando una estela, un trazo de espuma desde Pernambuco hasta Cherburgo, una travesía de dieciocho días.

Levanté la cara.

Perpendicularmente por encima de mí, el contramaestre aullaba juramentos y amenazas con su megáfono, invectivas que no llegaba a distinguir con el ruido del motor haciendo molinetes y el tercer toque de sirena que lanzaba el emocionante pitido del adiós. Todo era nerviosismo en el puente, agitación, griterío a izquierda y derecha del contramaestre, a lo largo de la barandilla, con las cabezas de los pasajeros a las que un rayo de sol oblicuo, al insinuarse entre los espacios de las velas extendidas en el puente, decapitaba subrepticamente por detrás y las hacía oscilar todas a la vez, con las caras congestionadas,

mientras la altiva nave blanca se inclinaba, los cobres de los camarotes se iluminaban y apagaban como candilejas de teatro, la escala a la que me hallaba agarrado era alzada sin previo aviso, el oso hormiguero me seguía con la mirada en mi subida mientras me tendía sus robustas manos de largas uñas, la piragua se engolfaba bajo la escala evitándola por los pelos y la voz del viejo negro me prevenía:

—Tómelo, *senhor*. Se lo vendo por poco, sin sacar casi beneficio. *¡Bicho tan bonito!* ¡Un animal tan bien adiestrado...!

Ya era tarde para eso. Nos estábamos haciendo a la mar. La piragua se balanceaba ya a distancia de donde estábamos. El negro había regateado durante mucho tiempo, como no queriendo separarse del animal. La ya replegada escala llegaba al nivel de la barandilla y un sonriente marino me daba la mano para saltar al puente.

—No vuelva a las andadas, señor Cendrars —me dijo el contramaestre—. Ha podido romperse la cabeza o caer al agua. El capitán me va echar una bronca. Menos mal que, gracias a Dios, no ha comprado ese sucio animal.

Tenía razón. Como no hubiera metido a toda la tripulación en la bodega a la caza de hormigas durante toda la travesía, ¿cómo podría haber hecho para alimentar a esa extravagante bestia de selva virgen que se nutre exclusivamente de hormigas y sus huevos? En la selva, este desdentado que se mueve pesadamente apoyado en el dorso de sus manos, con las uñas al aire, hunde su larga cabeza en forma de embudo en un hormiguero, la mete hasta las orejas, balancea su cola flameándola cual bandera, lo que es señal de gozo, lanza no sé a cuantos metros una viscosa lengua delgada como un hilo y segrega una saliva dulzona que tanto gusta a las hormigas, y cuando su lengua queda cubierta de miles y miles de ellas que se remueven pero sin lograr despegarse, ese curioso animal debe apretarse el ombligo con un dedo para poner en marcha un secreto muelle que hace que su lengua se

rebobine como un sedal de pesca a una velocidad increíble. Se le suele ver apoyado en su trasero junto a un agrietado termitero deglutiendo y guiñando los ojos con un gesto de satisfacción. El oso hormiguero es un gran perezoso y también absolutamente inofensivo, pero hay que guardarse de caer en sus brazos, pues su abrazo, en un simple movimiento reflejo, resulta mortal al ser su fuerza, sin que él lo sepa, prodigiosa y sus largas uñas, vueltas hacia atrás e inútiles, afiladas como cuchillos. Es plañidero. Se le domestica fácilmente. Me he topado con ellos en muchos sitios. Algunos de estos ermitaños vagabundos llegan a medir tres metros desde la punta del hocico hasta el extremo de la cola. Su pelo es largo y lacio, y, como el de la cabra de Cachemira, de un gris apagado mezclado de oscuros rizos. Pero jamás había visto un tan bello ejemplar como el *tamanduá* que no conseguí en Pernambuco. Lo echaré de menos durante toda la vida, pues tener un animal tan extravagante como compañero te hace abrir los ojos a los misterios de la creación y reflexionar sobre el absurdo de toda esa larga historia de la evolución de los seres. Tener un compañero que te emociona, un compañero de ruta pegado a ti como él, te hace reír desde que te levantas hasta que te acuestas. Quizás es Dios. Es misterioso de costumbres y forma de pensar y sus formas son incomprensibles. Nadie me ha podido decir cómo era su cagarruta, si es como la de las cabras. En cualquier caso, las hormigas se la comen.

2

EL GELRIA ERA UNO DE ESOS PERFECTOS vapores hecho para navegar, de esos que se veían surcando los siete mares del globo antes de la era de los transatlánticos de lujo fruto de la competencia de compañías, la competición

de nacionalismos, cruceros mundanos de propaganda, esnobismo, turismo e intrusión del arte decorativo en la construcción naval, que asombra con sus instalaciones y mobiliarios destinados al incendio. Era una de esas «jaulas de gallinas» que se alzan sobre el agua, uno de esos entrañables, antiguos y buenos barcos que fueron destruidos durante la Gran Guerra y la Guerra Mundial. Era holandés, pero yo me movía por él con total libertad: la tripulación me conocía por haber hecho cinco o seis veces la travesía con ellos. Esperaba su paso por la costa de Brasil para poder embarcar mis animales, pues solamente en un barco holandés se sabe cuidar de ellos. Durante la travesía, Gasperl, su carpintero, para quien según la tradición de la vieja marina todos los animales de a bordo estaban en una casa de huéspedes, cuidaba de mis pequeños protegidos confeccionándoles cajas y jaulas muy prácticas, manejables y confortables, haciendo una obra de ebanista del mucho cariño y gusto que ponía en ello, así como por su sentido adivinatorio de las necesidades, costumbres y caracteres de los animales, sin olvidar su ingeniosidad para acondicionar en las jaulas y en las cajas doubles fondos, compartimentos, cajones secretos para burlar las aduanas y pasar así botellas de ron blanco y paquetes de puros que traía para mis amigos. También les traía animales sin ánimo de negocio (como se creía ese idiota de Serrhuis, el contramaestre, que me había impedido la compra del espléndido oso hormiguero de Pernambuco): titis para los bailarines de los Ballets suecos de Rolf de Maré y pajaritos para una niña que era a quien más quería en el mundo, a la que no dejaba de traerle en cada viaje a Brasil una de esas espléndidas criaturas.

Pero esta vez yo había verdaderamente exagerado y el contramaestre tenía mucha razón en su malhumor y en sus amenazas con retirarme los privilegios de que gozaba a bordo. Había embarcado en Río sesenta y siete titis-león de melena oxigenada, una raza en vías de extinción que sólo

se encuentran en una isla, detrás de Paqueta, al fondo del golfo de Guanabara. Son unos frágiles principitos a los que alimentaba con bananas del lugar, arroz, pechuga de pollo. Los había instalado en mi camarote para evitarles la promiscuidad con los otros animales y, en Bahía, había reclamado un gran camarote de lujo que había libre justo en frente del mío para tenerlos al abrigo de los 250 «siete colores», que son unas aves tropicales de las cuales ningún ejemplar ha logrado franquear el Atlántico, razón por la cual arramblé con todos los que pude encontrar en las pajarerías de Bahía, estando seguro que de esos 250 no llegaría a mostrar vivo más que uno a la chiquilla que tanto quería. Todo eso me costaba una pequeña fortuna, y es debido a su amor al dinero por lo que, según él, me lo gastaba «como un animal por animales», por eso y no por los otros argumentos que yo argüía para convencerle de que el capitán había acabado concediéndome el gran camarote libre, facturándomelo desde luego, para la buena administración general, con *one parrot*, es decir una libra esterlina, precio que se paga por la pensión de cada uno de esos loros que tanto abundaban en el taller del carpintero, unos grisazulados de trencillas rojas, el pillo más sutil de los loros de Brasil.

—Contra maestre, ¿de qué me amenazaba cuando estaba regateando por ese gran oso hormiguero con el viejo negro de Pernambuco, que yo no lograba entenderle a pesar de su gangoso altavoz? —le pregunté una tarde que nos paseábamos por el puente.

—De contar cada uno de sus monitos y de cada pajarito por los que debía pagar *one parrot*. Mi contabilidad quedaría así en regla con la Compañía; y también para curarle de una manía, de su ridículo cariño por los animales, de su curiosidad...

—¿De verdad? Ese oso hormiguero me tocó directamente el corazón y lo echaré de menos toda mi vida. Pero vamos a tomarnos algo y fumarnos una pipa.

Nos instalamos en el bar.

Al cabo de una hora, Serrhuis, que apenas hablaba, me dijo: —No sé cómo tomarle, señor Cendrars, pero lo cierto es que es imposible negarle nada.

—¿Por qué me dice eso, contraamaestre? —Por sus monos, por sus pájaros. —¿No tiene la conciencia tranquila?

—No es normal. No se instalan animales en un camarote de lujo. —Pero usted sabe bien que no hay inspectores a bordo y que yo desembarco en Cherburgo. —¡Menos mal!

Serrhuis se angustiaba temiendo una denuncia de alguien y, por mi parte, no estaba tranquilo. Mis monitos los veía tristes y, además, cada mañana tenía que arrojar un pájaro muerto al agua. ¿Podría ser que la chiquilla de Batignolles llegara a ver alguno vivo?

—¡Barman, ponga otro!...

Serrhuis volvió a encender su pipa, quedando envuelto en humo y de silencio. Meditaba.

Un gramófono lanzaba un *blues*. Algunos pasajeros bailaban entre las mesas.

No se puede llevar un pajarito muerto o disecado a una chiquilla querida. —¡Barman, ponga otro!...

Seguía reteniendo al contraamaestre gracias a las copas, ahogando sus escrúpulos de contable. —¡Skal! —¡Skol!

Me hacía reír, pero no tanto como lo hubiera hecho el oso hormiguero.

Ni la noche ni el vapor avanzaban deprisa.

Yo quería llegar cuanto antes para darle una alegría a la chiquilla.

¡Oh, las maravillas del mundo!...

—Barman.

EL «SIETECOLORES» ES UN AVE DEL TRÓPICO de la talla de ese mirlo nuestro de mirada descarada; pero, contrariamente al mirlo, ese espadachín fogoso, negro, liso y encorsetado, el «sietecolores» está siempre asustado, es una bola de plumas desgredada, fuera de sí, que se mueve como esa borlas de plumas que jugando se arrojan al aire. Es un pájaro pasivo, atolondrado.

Se dice que, si se exceptúan dos especies, la pitón sagrada de la India y la víbora cornuda de Formosa, en Brasil se dan todas las especies de serpientes del mundo además de las suyas propias, razón por la cual a esta ardiente tierra, infierno de la selva virgen, se la llama el *Paraíso de las Serpientes*. Pues bien, imaginen que, exceptuadas dos clases de plumas, las del pavo real y las del pájaro-lira, el «sietecolores» muestra, punteado en su negro jubón, un par de todas las clases de plumas distintivas con las que se enorgullecen y se pavonean todas las aves del mundo, razón por la cual, cuando los indígenas llaman a este arlequín «sietecolores», quieren dar a entender que es un auténtico arco iris, un ser que vive de la luz, un rocío, un espíritu, un soplo, un palpito de felicidad, razón también por la que tienen tantos enjaulados. No hay choza que no tenga el suyo.

Cuando se divisa un despegue de «sietecolores» en un claro de la selva virgen, por donde se lanzan por millares, es un asombro, y la impresión admirativa y patética que uno siente viendo esa nube de alas, de plumas multicolores, de centelleos y de reflejos de sol cual si fueran millones de piedras preciosas que se disolvieran en una ardiente atmósfera palpitando sobre el sombrío fondo de la selva, eso queda grabado en el recuerdo. Es maravilloso. Y veinticinco más tarde, cuando vi la primera película en color sobre la explosión del volcán de Bikini y el prodigio de la fantástica formación de su champiñón de nubes, ese terrorífico fenómeno me hizo pensar en el despegue de esas

aves en pleno sol del trópico, en el círculo mágico del claro de la profunda selva virgen, como una imagen y el símbolo de la desintegración de la materia.

A cierta escala, todo es mágico para el hombre que se siente excluido de la naturaleza al que *ni* los perfumes, *ni* los colores *ni* los sonidos le responden.

Pero no era solamente para que mi muchachita admirara esa extraordinaria exhibición de plumas que es su aparejo por lo que yo me empeñaba en traer viva una de esas espectaculares aves, sino también para que la niña de Batignoles, que vivía cerca del túnel y que no cesaba de oír durante el día el silbido de los trenes que se sumergían en él, oyera en vivo su voz, su grito. Y digo su voz, digo su grito al no atreverme a decir su canto, pues cómo definir el gorjeo del «sietecolores» que, una vez oído, se transforma instantáneamente en el más asombroso juguete mecánico que se pueda oír. No es necesario darle cuerda para que se ponga en marcha. Cuando le entran ganas de emitir sonidos, se revuelca en el suelo, le entra el baile de San Vito, lo que le hace pivotar dos o tres veces sobre sí mismo batiendo unas semirrígidas alas, después gira la cabeza hacia la cola, abre un ancho pico y como en éxtasis deja brotar de su garganta que se infla y que palpita debido al esfuerzo un resoplido, un gargarismo, un pitido de válvula atascada expulsando vapor, sonando finalmente como un estridente pitido de locomotora desbocada, pitido que se estrecha acompañado de jadeos, acabándose tal éxtasis según el grado de resistencia de sus cuerdas vocales y las capacidades del ejemplar, o bien en una larga cascada de risas, o en un desgarrado estertor, o en una secuencia de sollozos. Produce un efecto de lo más cómico. Entonces, extasiado, vuelve en sí, se sacude y se pone a volar, pero mientras está en esa situación, se le puede echar mano y capturarlo. No hay ni un chaval indígena que no tenga alguno de esos juguetes. No hay cabaña en cuya puerta no haya jaula sin ellos. Los chavales ríen cuando canta, lo que

se produce varias veces al día, más por artimaña que por ceremonial. Un cri-cri, un juego, un saludo. Muy necesario en la selva, en donde una simple hoja que se mueve provoca miedo.

Personalmente, lo que más me sorprende de ellos es esa mirada de ultratumba, de otro mundo, ¿pues dónde está el cementerio de las aves? ¿No se ha extrañado nadie alguna vez de esa mirada impersonal, casi de eternidad, que el Ave no hace pesar sobre ti pero con la que te traspasa como si uno no fuera opaco y que apuntara detrás de tu alma, de tu sombra, y que se divirtiera, preparada para el desposorio, pensando en volar hacia la inmortalidad con el otro o en morir para comerse los ojos de tu ángel de la guarda? No hay en este mundo nadie más extranjero que el ave, pues ¿dónde está su cementerio, su osario? Y aunque son criaturas frágiles y mueren a millares cada día, jamás se encuentran sus blanquecinas carcasas y muy de vez en cuando sus cadáveres ensangrentados. Se ha creído durante mucho tiempo que mueren en el mar y que desaparecen en bandadas en los océanos; pero esta creencia es falsa, pues ningún marino que se haya cruzado con bandadas de aves migratorias, por mucho que su número haya oscurecido el cielo, ha afirmado nunca haber visto un suicidio colectivo de ellas en alta mar. Al contrario, hoy se sabe con certeza que hasta los colibrís cruzan los mares y que auténticas nubes de pájaros-mosca emigran periódicamente desde los confines de Canadá y las Montañas Rocosas hasta los límites septentrionales del hemisferio austral, bordeando Colombia y Venezuela, sin dejarse abatir por los terribles tornados del Caribe y los furiosos vendavales del golfo de Méjico.

El ojo del Ave. Su lucidez es infernal. ¿Qué es lo que mira? Tiene una marca de metempsicosis, ¡y qué alucinante sería si las mujeres tuviesen esa mirada!

Eso es lo que me estaba esforzando hacer comprender a dos alegres inconscientes, compañeros de a bordo, Fontaine

de l'Albley y Babot du Lac, dos buscafortunas que volvían con las manos vacías a Bélgica tras sus sueños de hacerse ricos en Brasil gracias a una hábil estafa, a los cuales había arrastrado durante una escala a dar un paseíto entre los vendedores de pájaros para así distraerlos de sus preocupaciones bancarias. La heladora *pinga* y el calor de Bahía nos hundieron y volvíamos a bordo un tanto piripis escoltando a los porteadores negros que depositaban a pie de escala del *Gelria* las jaulas de mimbre con los 250 «sietecolores» que acababa de comprar.

—Es Hudson, el naturalista inglés de Río de la Plata, el autor de aquella frase —les expliqué mientras me daban y ordenaba las jaulas—. Y después de haber piropeado a las bahianas como las mujeres más bellas del mundo, no dejó de advertir, con cierto humor: «Pero esa negritas con ojos de almendra, ¿no serían absolutamente irresistibles si se les aplicase una mirada de águila o de gavilán? Sería como la coronación de su aspecto de diosas».

E inmediatamente añadí, exagerando según mi costumbre:

—La fijeza. ¿Os imagináis a Greta Garbo con unos ojos de autillo o de búho y a la niña Rothschild de Londres con ojos de buitres? ¿Y qué diríais de las parisinas con los ojos inmóviles del chorlito, de las currucas? ¡Sería como divinizar, como ocurriría con el ojo de una oca doméstica completando miríficamente la augusta fisionomía de la hermana de Nietzsche, a la eterna Germania! También las estatuas adoptarían un curioso relieve si se fijasen en sus vacías órbitas ojos de pájaros ahítos. Imaginad a Minerva con el ojo digestivo del búho; o a Venus con el ojo enrojecido y sin párpado del cormorán; a Eva, despidiendo destellos, con esa mirada de carbunclo de la dragontea encolerizada enfrentándose a la serpiente; a Leda y su cisne, ambos con ojos blancos, postizos, hechizados, fríos, estriados de maldad; y, en las esquinas, a las putas con los ojos asombrados del arrendajo...

Ya con las jaulas indígenas colocadas en el gran camarote de lujo a pesar de las vehementes protestas de un contra maestre que acababa de presentarse de improviso y no dejaba de hacer gestos de desaprobación ante tal intrusión, viendo a mis «sietecolores» bien al abrigo de las corrientes de aire, los tres piripis de Bahía nos dirigimos al bar del vapor a tomarnos una tónica, un *tropical-blue* con jengibre.

4

ME ENTRÓ UNA PREOCUPACIÓN. Mis pequeños monos se estaban poniendo tristes y no había mañana en que no tenía que tirar al agua algunos pájaros muertos.

Habíamos hecho escala en la isla canaria de La Palma. Para mis pájaros no había ya solución. El «sietecolores» no puede atravesar el Atlántico y ya había perdido más de la mitad. Por su lado, los titis se ponían tristes ya que las bananas frescas que les había proporcionado en las Canarias no les gustaban y que a esos rubios hilos de Capricornio les notaban un sabor a remolacha; peor aún, a nabo. Gasperl, el carpintero, me aconsejó que mezclara a su arroz unas guindillas de su tierra para que recuperaran el apetito, también que les atiborrara de cosas dulces sin dudar en emborracharlos para reanimar su buen humor, como igualmente distribuirles *caninha*, aguardiente de caña de azúcar, en caso de constipado. Estábamos en septiembre, se acercaba la mala estación y decidí hacerles mordisquear pastillas de peptona para prevenirlos del mal clima de París.

El lugar más agradable de a bordo era el habitáculo del carpintero, en la cubierta inferior, detrás del gran mástil, donde la *Hija de su Padre*, la favorita del buen hombre,

servía de camarera a los clientes de su amo. Era una grácil moza de Sumatra, de un negro azulado, a la que el viejo mimaba, consentía, acariciaba, adornaba con pendientes, anillos y collares de cristal, en absoluto celosa pero a la que no le gustaban los loros que llenaban su habitación y a los que hacía continuas travesuras, y cada vez que le arrancaba una pluma de la cola al más llamativo de ellos se formaba un griterío y un jaleo como si se estuviera en el arca de Noé, pues había de todo en esa chirona además de los loros chillones del techo: monos que se cogían por sus correas, ardillas blancas, pequeños reptiles, horribles batracios en tarros y, meneándose en bamboleo por el piso, infatigables tortugas de todas las dimensiones, sin olvidar otros trotemenudos, conejillos de India y tatús apelotonados. En un rincón, una cabra enana de Tenerife con su par de ubres hinchadas servía de nodriza a las crías de los animales enfermos. Gasperl tenía una pierna de madera, era un viejo lobo de mar, y, por la noche, me encantaba fumar unas pipas, beber una ginebra y pasar el tiempo ante su puerta escuchándole historias de sus animales mientras la moza, acurrucada contra su pecho, terminaba durmiéndose pasándole un brazo bajo su jersey y los miembros de la tripulación y los pasajeros de entrecubierta venían a unírseles.

En Lisboa sólo me quedaban siete pájaros. En Cherburgo, tres. Dos de ellos murieron en el tren entre Cherburgo y París a pesar de la botella de agua caliente que Gasperl había sabiamente dispuesto en la jaula; pero la mocita de Batignoles llegó a ver, oír y admirar, un poco antes de que muriera, un «siete-colores» haciendo volteretas sobre la mesa de la cocina, muerte que ocurrió al día siguiente al amanecer, bajo la cruda luz de una bombilla, ante el calentador de gas que caldeaba la habitación.

¿Te acuerdas, cariño, del pajarito?

Post-scriptum para las almas sensibles - Cuando murió mi madre, en 1907, fueron hallados en sus cajones y estuches plumajes, cuchillos, mechones, paraísos, penachos de gallo negro, de la especie *bersagliero*, y de gallo blanco, de la *casoar*, plumillas de colibrí, bonetes, manguitos, moños, plumones de cisne, plumas de avestruz, de faisán, de paloma y de gaviota y hasta de una tierna perdiz. Todo eso costaría muchos miles de francos. Todo olía a alcanfor, pero se volverá a poner de moda y se lucirá de nuevo entre las almas sensibles. Dicho esto, entre todos esos perifollos no había nada que se pudiera comparar al esplendor del «sietecolores». El día del Juicio Final, la muchachita volverá a dar palmitas y sonreír al reconocer al pajarito del trópico y cohortes de negritos —todos esos inocentes muertos por fiebre amarilla junto a las lagunas y en los *paranás*— la acompañarán al ver despertarse el pájaro de su infancia llevado como adorno en un ridículo sombrero por un anciano ángel pasado de moda.

Personalmente, dado que no soy creyente, no asistiré a tal espectáculo. Pero tampoco estaré con las almas sensibles. Hace ya tiempo que elegí mi rincón, no en el cementerio de la iglesia, sino en un punto ideal en la travesía de un vapor, allí donde un suicida puede arrojarse a gusto y flotar entre los sargazos en una gran cubeta añil. Eso se sitúa en la *latitud cero, una, dos tres décimas Sur, más bien Sur, y por una, dos tres docenas de grados de longitud Oeste, o directamente Oeste, da igual trece que treintaitrés.*

Espero que se me deje fijar ese punto tranquilamente.

No necesitaré ninguna trompeta.

Todo lo más, un cachalote para que me trague.